

que los judios no eran la causa de la peste.

La prudencia y vigilancia del pontífice y clero impidió en el condado de Aviñon, (en donde residia el papa) y en sus cercanias que se cometieran violencias contra los judios. ¡Filósofos impios! ¿por qué cuando deshonrais al sacerdocio no veis sus acciones benéficas para calmar vuestro furor encarnizado contra los ministros del santuario?

Los pontífices que gobernaron la Iglesia en este siglo fueron los mas de relevantes prendas. Benedicto XI. en los ocho meses de su pontificado se hizo amar del pueblo cristiano, por su mansedumbre, su dulzura y espíritu de caridad y reconciliacion. Clemente V. es alabado por su zelo, equidad, prudencia y habilidad con que trató los negocios de la Iglesia en las delicadas circunstancias en que se hallaban. Juan XXII. aunque desgraciadamente estaba imbuido en las maximas del poder temporal sobre todos los pueblos cristianos; pero segun el testimonio de los autores de mejor nota era sujeto sabio y virtuoso y el historiador Villani, segun dice Ducreux, tan propenso á reprender y ecsagerar los defectos en los papas de Aviñon alaba la frugalidad, piedad y vida pura y ejemplar de Juan XXII. Benedicto XII. en los siete años de su pontificado, se dió á conocer por uno de los mas virtuosos y prudentes pontífices de este siglo y se hizo recomendable por su ardiente zelo de la reforma de las costumbres, de la estirpacion de la simonia y por un admirable desinterés.

Si no podemos hacer iguales elogios del fastuoso Clemente VI. quien no siguió las huellas de su modesto y desinteresado antecesor; Inocencio VI. y Urbano V. consolaron á la Iglesia con sus virtudes, su prudencia y los medios que tomaron para reprimir los abusos y disminuir el lujo de su corte. Gregorio XI. dejó á Aviñon para ir á residir en Roma y en ambas partes se hizo estimar por su índole llena de mansedumbre, su piedad sincera, su zelo contra los abusos y errores, su ardiente caridad con los pobres, á quienes repartia limosnas abundantes y su empeño en proteger y recompensar al verdadero mérito. Esta fue la conducta de los pontífices del siglo XIV. que confundió y desacredita á los fanáticos declamadores, que en aquel siglo pretendian deshonrar al sacerdocio, como ahora lo hacen tantos furiosos é ignorantes enemigos del santuario.

Tampoco faltaron en este siglo sacerdotes de admirables virtudes, y el beato Pedro Tomas, S. Andres Corsino, el beato Pedro de Luxemburgo y el cura S. Ives edificaron á los fieles con sus estraordinarias virtudes.

El siglo XV. mas ilustrado y laborioso que el anterior prometia las mas fundadas y lisonjeras esperanzas de que cambiarian las ideas antiguas, se fijarian límites á las potestades eclesiástica y civil y corregirian todos los abusos que habian introducido la ignorancia de los pueblos, la ferocidad de las costumbres y el despotismo de los grandes, como hemos hecho ver

en los siglos anteriores; mas no se pudo concluir esta grande obra que habian deseado perfeccionar la mayor parte de los pontífices, los concilios é innumerables sacerdotes virtuosos que lloraban los estravios de la humanidad.

Terminado el funesto cisma por el concilio de Constanza, elegido pontífice legítimo, condenados los errores y establecida la paz de la Iglesia, se disponian los medios para la reforma; pero la multitud de asuntos que ocuparon á los sumos pontífices impidieron que se llevaran adelante. Los estravios del concilio de Basilea; el gran negocio de la reunion de los griegos, las discordias de los príncipes cristianos entre sí, y el empeño que tomaron los pontífices para abatir el poder de los turcos que afligian á innumerables cristianos y amenazaban á la Europa fueron obstáculos insuperables para la reforma. Sin embargo, el papa Martino V. publicó siete puntos de reforma reducidos á condenar severamente la simonía, á reprobear la mala conducta y profanidad de los eclesiásticos; revocar las esenciones concedidas desde la muerte de Gregorio XI. anular la union de beneficios de la misma época desechar como abusivas las dispensas obtenidas para gozar de ciertos beneficios sin recibir las ordenes competentes, no aplicar en lo sucesivo á la cámara apostólica el producto de los beneficios vacantes y no grávar con diezmo ni otro impuesto pecuniario á ninguna Iglesia sin el consentimiento de los prelados territoriales. Estos artículos y los concordatos que

Martino V. celebró con cada nacion, fueron aprobados en la sesion cuarenta y tres del concilio de Constanza, y no se pudieron hacer mas cosas, porque tanto el pontífice como el concilio y las naciones conocieron que no se debia hacer mas por entónces, pues en cosas de reforma, dice un escritor, es necesario abarcar poco en los principios para que no se malogre la ejecucion.

De los pontífices que gobernaron la iglesia despues del cisma el primero que fué Martino V. abrumado de negocios hizo como hemos visto lo que juzgó prudente, atendiendo á las actuales circunstancias para el bien de la Iglesia y trabajo para introducir la paz en Italia y apaciguar las sediciones que se ecsitaban en Roma. Eugenio IV. era de un espíritu noble y firme, sin ser duro, supo dirigir los mas arduos negocios que se ofrecieron en su pontificado: era amante de las letras y sumamente caritativo con los pobres, á quienes hacia largas limosnas. Su vida era edificante y tan grande su modestia, que dice un escritor contemporáneo del pontífice, que al verlo en público se le habria tenido por una doncella tímida, que no se atrevia á levantar los ojos del suelo; su zelo por la reduccion de las sectas que estaban fuera de la iglesia católica, lo mucho que trabajó para la reunion de los griegos, los gastos que hizo para llevar esta laudable empresa á un dichoso fin como lo consiguió y lo bien que se condujo en los arduos y embarazosos negocios de su largo pontificado, son pruebas inequívocas de que fué un grande hom-

bre digno del alto puesto que ocupó.

Nicolao V. recomendable por su piedad, y liberalidad con los pobres, por su raro talento para conocer el verdadero merito y premiarlo, y por la especial proteccion que dispensó á las letras, dotado de un carácter suave y pacífico, trabajó con feliz suceso desengañando á los pueblos que se habian puesto bajo de la obediencia del antipapa Felix V. quien prendado de la dulzura del verdadero pontifice dió fin al cisma renunciando el papazgo, y Nicolao lleno de generosidad concedió á Felix todo lo que este le pidió. Atento este pontifice al bien de la religion veía con sumo dolor los triunfos de las armas de los turcos, opresores de la humanidad y de la religion. Ecshortó vivamente al emperador de oriente para que se reuniera á la iglesia católica sujetándose á las decisiones del concilio de Florencia, y en una carta que le escribió le anunció que si el y su pueblo perseveraban en el cisma, traeria sobre si la ira del cielo y caeria el imperio griego, lo que se verificó, y causó tanto dolor á Nicolao que murió de pesadumbre despues de haber ocupado dignamente la silla apóstolica poco mas de ocho años.

Calixto III. fué tan gran político, como zeloso por el restablecimiento de la disciplina; tomó un gran empeño por reprimir la insolencia de los turcos, socorrió con larga mano al celebre Hunniades, que era el baluarte de la cristiandad, contra los infieles, y trabajó, aun-

que sin grande fruto, por reformar las corrompidas costumbres de los pueblos.

Pio II. es elogiado por su basta erudicion, su habilidad en el manejo de los negocios y su zelo contra los turcos opresores de la humanidad. Paulo II. continuó los proyectos de su antecesor contra los turcos, y trabajó con feliz suceso en la pacificacion de la Italia reconciliando á los pequeños soberanos de aquel pais, que se odiaban con furor y no perdonaban medios para destruirse.

Sixto IV. trabajó mucho por abatir el poder de los enemigos del nombre cristiano y de la libertad de los pueblos, é hizo cuanto estuvo á sus alcances para que los turcos no oprimiesen á los países católicos. Habiendonos propuesto en nuestros discursos el presentar la verdad de los hechos como han sucedido y no seguir el ejemplo de los calumniadores filósofos modernos, es preciso que seamos siempre imparciales, y así cuando tocamos los pontificados de Inocencio VIII. y Alejandro VI. decimos que el primero, aunque zeloso por el interes común de la cristiandad amenazada de los turcos, aunque desde que ocupó la silla de S. Pedro no cometió las faltas que antes de ser papa; pero en los negocios políticos no se condujo con la prudencia y justicia que era desearse. El segundo manchó su conducta con varios crímenes y habiendo tenido un triste fin dejó una memoria obscurecida por sus malos comportamientos.

Segun lo dicho de los pontífices que gobernaron la Iglesia desde Martino V. hasta Alejandro VI. todos manifestaron un zelo ardiente por la defensa de la cristiandad y exceptuados los dos últimos pontífices, los demás fueron de prendas muy recomendables que los hicieron dignos del puesto que ocuparon.

No faltaron tampoco sacerdotes y religiosos animados del zelo de la gloria de Dios, que brillaran en la Iglesia en el siglo XV. S. Vicente Ferrer, S. Bernardino de Sena, S. Juan Capistrano, S. Lorenzo Justiniano, S. Antonino de Florencia y el admirable S. Francisco de Paula edificaron á los fieles con sus virtudes y les instruyeron con la predicacion. En medio de la corrupcion general de los pueblos estos santos y otros muchos sacerdotes y obispos daban ejemplos admirables de modestia, caridad, desinteres, desprecio del mundo, castidad, humildad y zelo por el bien de las almas.

Tambien hubo entre el clero en este siglo bastantes escritores que consagraban sus tareas y desvelos al bien comun, sacando á los pueblos de la ignorancia y dandoles á conocer las verdades que los siglos oscuros habian ocultado por algun tiempo.

Las declamaciones de los hereges Wiclef, Juan de Hus, Gerónimo de Praga y sus sectarios, y los errores que propagaron, especialmente contra la autoridad de la Iglesia, renacieron en el siglo XVI. se presentaron con un aparato formidable y se estendieron con otras muchas heregias

en una muy grande parte de la Europa. Lutero un religioso atrevido perverso y corrompido fué el padre de la llamada reforma y seguido este de otros tan perversos como él, tales como Calvino, Zuinglio, los socinos y otros abriendo á los pueblos un camino franco para precipitarse en los vicios y proporcionando á los príncipes medios para apoderarse de los bienes de la Iglesia y para estender su poder sobre ella arrastraron á muchos á los errores mas absurdos y escandalosos. Los falsos reformadores con su predicacion y sus escritos dieron un ataque violento á la religion santa de Jesucristo, y si el Señor no asistiera tan especialmente á su Iglesia, y no hubiera prometido que las puertas del infierno jamas prevalecerian contra ella, se podria haber temido que la religion verdadera acabara en manos de las heregias de este siglo.

No pretendemos esponer las heregias de los falsos reformadores, ni menos combatir las en este discurso, pues ya en otras partes de este periódico, en las vidas de los heresiarcas de este siglo hemos dado alguna idea de sus errores y probando la autoridad de la Iglesia hemos combatidos, y asi solo hablaremos de la conducta del clero de este tiempo y del modo victorioso con que resistió al error.

Luego que sacó la cabeza el detestable monstruo de la heregia, los romanos pontífices, los obispos y restante clero conocieron las falsas doctrinas y les resistieron con valor. Los

doctores católicos volaron á las armas y les presentaron batalla á las nuevas sectas, las atacaron vigorosamente, y pusieron á clara luz las verdades de la creencia. Los hereges viendo condenados sus errores, ya apelando al papa mejor informado, ya negándole la obediencia, y apelando al futuro concilio, y ya no reconociendo mas autoridad que la suya, cayeron en las contradicciones mas monstruosas y contestaron con sarcasmos (1) á los argumentos indisolubles que se les hacian y con los que se patentizaba su error.

La voz de reforma resonaba por toda la Europa, y los corifeos de ella corrian por todas partes declamando contra la Iglesia romana y todas sus sábias instituciones. Gran parte de Alemania, Suecia, Dinamarca, Inglaterra y parte de los cantones suizos, Polonia, los Países bajos y aun la cristianísima Francia son tocadas del contagio pestilencial del error, y algunas naciones enteras abandonan su religion. Los hereges descreditando al clero secular y regular, y atrayendo á los poderosos con el sebo de los bienes que poseian hicieron progresos increíbles.

En Inglaterra cuando el desgraciado Hen-

(1) Esta conducta han seguido los filósofos modernos, quienes no responden á los católicos que les ofenden sino con llamarlos fanáticos y superciosos, y ó por ignorantes no conocen la fuerza de la razon, ó por corrompidos la desprecian.

rique abandonó la religion, que antes habia defendido contra Lutero, siguiendo este desgraciado principe los consejos del vil Cromwel, trató de acabar con los monasterios para saciar su avaricia sordida, y como se temia al pueblo que hallaba tantos auxilios en los monasterios, que no habia de llevar á bien su estincion, calumniándolos, y escagerando desarreglos de los religiosos, quiso darles primero un golpe indirecto suprimiendo las comunidades pequeñas y mandando que se reunieran en donde hubiera mas religiosos: asi logró apoderarse de muchos bienes, que era su principal fin, y luego sujetando á una muy dura servidumbre á los religiosos, dió en cualidad de cabeza de la Iglesia el monstruoso decreto por el que dispensaba los votos de los que habian profesado antes de los veinte y cuatro años, y concedió la libertad de vivir fuera de los claustros á los demas.

Lo que se hizo en Inglaterra tambien se verificó en otras partes, pues el plan de trastornar la religion era uno, y aunque los hereges discrepaban unos de otros en sus errores; pero convenian siempre en el fin que era el que hemos dicho, descatolizar á los pueblos; y como los ministros del santuario en todas partes se resistian y daban testimonio de la fé de Jesucristo, eran el objeto del odio de la herética reforma.

Por todas las partes donde habian dominado los hereges se veían á las autoridades civiles apropiándose la autoridad de la Iglesia y

tomando en sus manos el incensario para ultrajar á la divinidad. En Ginebra, dice un historiador: „el consejo de los doscientos, los ciudadanos, artesanos, comerciantes, cuando mas legistas, sin haber estudiado ni concilios, ni doctores, y sin entender mas que de sus negocios ò sus oficios pronunciaron que las observancias católicas no eran mas que supersticiones ó tradiciones humanas contrarias á la escritura (1): publicaron un decreto que abolia la antigua religion, é impusieron á todos los ciudadanos la obligacion de seguir la protestante. Y para perpetuar con un monumento eterno su rebelion tanto contra la Iglesia como contra su obispo, que no han vuelto á reconocer despues, pusieron en la casa de la ciudad una lamina de bronce donde se leen todavia estas palabras con letras de oro: *en memoria de la gracia que Dios nos ha hecho de sacudir el yugo del an-*

[1] *¡Tristes efectos de la ignorancia animada del espíritu del error! Vea el C. fiscal de imprenta Fermin Gonzalez que denunció como sediciosa una verdad de nuestra santa religion, y vean los señores jurados que la condenaron, lo que en Ginebra hicieron unos magistrados ignorantes de su religion. Estos señores que han condenado aquí una verdad de fe, no los suponemos hereges, como aquellos, no, pero si ignorantes en las verdades de la religion.*

*ticristo romano y de abolir sus supersticiones.* Despues de este decreto los católicos que quedaban en Ginebra, los eclesiásticos, sobre todo, los religiosos y las religiosas de Santa Clara, las únicas que habia en la ciudad tubieron que salir de ella para siempre.”

Y despues de tantos trastornos y declamaciones de los hereges contra la religion, contra el romano pontifice y contra los sacerdotes ¿cuales fueron las utilidades que se sacaron de la llamada reforma? ¿se mejoraron con ella las costumbres? ¿Los eclesiásticos que abandonaron su religion fueron despues unos dechados de virtud semejantes á los primeros discipulos de Jesucristo? ¿Los principes dejaron de ser tiranos? ¿Los pueblos fueron mas humanos? todo lo contrario sucedió. Lutero, Calvino, Zuinglio, Ecolampadio, Bucero &c. fueron unos monstruos de ferocidad y desenvoltura. Luego que los eclesiásticos abandonaban la verdadera crencia trataban de contraer matrimonio, que en la realidad no era sino un escandaloso concubinato; impuros, feroces y obstinados en sus errores, eran tambien sumamente debiles y condescendientes con los principes que les favorecian. Lutero con los principales de la reforma atendiendo á la intemperancia del Landgrave de Hesse, le permitieron que se casara con Margarita de Saal, viviendo su legitima muger, y al mismo tiempo que reconocian prohibido espresamente por Jesucristo el que un hombre estuviera á un mismo tiempo casado con dos

mugeres, dijeron que la dispensa concedida al Landgrave era conforme al evangelio. He aquí el zelo por conservar la reforma de las costumbres.

Los principes que se separaron de la comunión de la santa Iglesia católica apostólica romana oprimieron tiránicamente al pueblo fiel, especialmente al clero secular y regular, que tubo que sufrir la perdida de sus bienes y muchos padecieron martirio. No se pueden leer sin horror las tiranias de Henrique VIII de Inglaterra, quien renovó en aquel reino los siglos de los tiranos de la antigua Roma.

Los pueblos que abrazaron la reforma animados de un furor fanático cometieron horribles ecesos y locuras extravagantes. El fuego de la guerra encendido por la diversidad de opiniones religiosas llevaba por todas partes la miseria, la muerte y la desolacion. Juan Mateo y Juan de Leiden fingiéndose profetas sedujeron al pueblo de Munster, y Leiden haciéndose nombrar monarca con el nombre de rey de Sion, representó unas escenas tan ridiculas y crueles, que admira como le siguió y creyó aquel pueblo fanático, sin haber del todo perdido el sentido comun. Pero echemos un velo sobre los horrosos sucesos de la reforma que corrompiendo todos los dogmas de la religion y las costumbres solo se redujo, como dice Erasmo en tono de burla, „á que los frailes colgasen el habito, y se casasen los cleri-

gos; de suerte que en esta tragedia pomposa el matrimonio era siempre el que deshacia la trama como en las comedias.”

El sacerdocio católico en estas circunstancias aciagas resistia al error con fortaleza sacerdotal, sufrió en muchas partes los trabajos, las privaciones, los destierros y la muerte, y combatió con las victoriosas armas de la religion á los llamados reformadores que la atacaban. El santo concilio de trento, esta asamblea siempre augusta y respetable formada de los legitimos pastores de la Iglesia condenó las furiosas sectas del siglo, y la silla apostólica confirmó sus decisiones haciéndose ver al mundo entero que la Iglesia católica aunque perseguida por las potestades de las tinieblas, jamas prevalecerán contra ella las puertas del infierno.

Los pontifices que gobernaron la Iglesia en este siglo fueron de prendas muy recomendables. En los romanos pontifices debemos ver dos cualidades, una de monarcas de Roma y otra de cabeza de la Iglesia, y si alguna vez no son hábiles políticos, ó pretenden aumentar su poder temporal, esto no lo hacen como cabeza de la Iglesia, sino como principes; lo que si podemos asegurar sin temor de engañarnos, es que aun como monarcas, han sido, generalmente hablando, los mas humanos y virtuosos de los de su clase. Para comprobacion de esta verdad basta ler imparcialmente la historia de los tiempos; mas no es á nuestro propósito el

tratar del monarca de Roma, ni de las relaciones que en cualidad de tal lleva con las personas de su rango, pues el católico pueblo mejicano para quien escribimos, siendo libre, soberano é independiente, al mismo tiempo que nada tiene que ver con el príncipe temporal de Roma; como que profesa felizmente la religion CATOLICA, APOSTOLICA, ROMANA (1) reconoce al vicario de Jesucristo, sucesor legitimo de S. Pedro y cabeza visible (2) de la Iglesia de Dios, lo respeta, y sabe que tiene en toda la Iglesia el primado no solo de honor y supervigilancia, como han querido algunos hereges de estos últimos siglos, sino el de una verdadera jurisdiccion.

Darémos una ligera ojeada sobre los sumos pontífices de este siglo, para confundir á los declamadores fanáticos, que los acriminan, para hacerlos aborrecibles al pueblo fiel.

Si los filósofos modernos enemigos irreconciliables de los sumos pontífices, si los filó-

---

[1] *Si, los mejicanos son católicos, apóstolicos romanos, en esta Iglesia quieren vivir y morir, y apesar de los sectarios, mas bien sufrirían mil muertes que abandonar su creencia; pues saben que se harán reos de la muerte eterna si faltan á ella.*

[2] *Algunos de los novadores han llamado al romano pontífice cabeza ministerial de la Iglesia. Este es un error condenado por la Iglesia.*

sófos modernos, repetimos, dieran algun lugar á la sana razon, no dirian con tanto descaro que los papas y el clero católico han querido tener siempre á los hombres sumidos en la mas profunda ignorancia, para hacer de ellos unos ciegos instrumentos de sus pasiones, y unas víctimas de su ambicion. La ignorancia introducida en la Europa, por la barbarie de los pueblos que la dominaron, como hemos hecho ver en este discurso, apoyados en los mas respetables y auténticos testimonios de la historia, esta ignorancia fué de siglo en siglo combatida por el clero secular y regular. "Cuando trabajaban, dice el sabio Chateaubriand, en la Europa todas las ordenes religiosas en la educacion de la juventud, en el descubrimiento de los manuscritos, y en la esplicacion de las antigüedades, los pontífices romanos dispensaban con liberalisima mano recompensas, premios; y aun los honores del sacerdocio á los hombres sabios, daban principio con este estímulo á la ilustracion general del mundo. Es ciertamente de no pequeña gloria para la Iglesia que un papa haya dado su nombre al siglo en que comenzó la era de la Europa civilizada, y que levántandose de entre las ruinas de Grecia recibiese sus luces de los tiempos de Alejandro para reflejarlas sobre el siglo de Luis."

"Los que suponen que el cristianismo retarda los progresos de la ilustracion contradicen abiertamente todos los testimonios de la historia; pues asi como por todas partes ha caminado la civilizacion á la del evangelio, asi por el contra-



rio las religiones de Mahoma, de Brama y de Confucio han limitado los progresos de la sociedad y precisado al hombre á que embejesca en su misma infancia."

"Roma cristiana era como un grande puerto que recogia todas las reliquias del naufragio de las artes. Cae Constantinopla bajo el yugo de los turcos, é inmediatamente abre la Iglesia mil retiros honrosos á los ilustres fugitivos de Bizancio y de Atenas. Proscribese la imprenta en Francia y halla su asilo en Italia. Agotan los cardenales sus caudales, escudriñan las ruinas de la Grecia y en adquirir manuscritos. Tan bello se le presentó al sabio abate Barthelmi el siglo de Leon X, que desde luego le habia preferido al de Pericles, para el asunto de su grande obra, siendo la Italia cristiana el parage adonde queria conducir un moderno Anacarsis."

¿Será esta la Roma, que los filósofos modernos pintan como el centro de las preocupaciones y de la ignorancia, que ha cautivado los entendimientos y puesto trabas á la razon? La historia de los tiempos nos enseña lo contrario y confunde á los calumniadores, que en nada se paran á fin de conseguir hacer odiosa la religion y el sacerdocio cristiano.

En este siglo XVI, al mismo tiempo que el error de los reformadores trastornaba el órden público, corrompia las costumbres, viciaba la ilustracion y combatia las verdades de la creencia; el clero católico confirmaba en la fe al

pueblo cristiano y promovia por todos los medios posibles la verdadera ilustracion.

El papa que dió su nombre á este siglo, Leon X, no omitió gastos ni desvelos por la ilustracion, protegiendo igualmente á las artes y las ciencias, y sin embarazarse con estos negocios cuidó del depósito de la créncea condenando al perverso heresiarca Lutero. Adriano VI, de juicio recto, de costumbres irreprochables, lleno de moderacion y desinterés, tomo mucho empeño por la reforma del clero y animado del espíritu de Dios en su corto pontificado hizo cuanto estuvo á sus alcances para el bien de la Iglesia. Clemente VII, dotado de unas inclinaciones dulces y pacíficas se aplicó sinceramente á restablecer la concordia entre los príncipes cristianos, y aunque en el tiempo borrascoso de su pontificado se vieron muchos escándalos, revoluciones, catástrofes y separaciones de la comunión de la verdadera Iglesia que hicieron muchos pueblos católicos corrompidos por los hereges del siglo, el pontífice en medio de tantas aflicciones y trastornos, á todo procuraba aplicar el remedio. Si algunos críticos le censuran de falta de prudencia en algunos negocios, más otros presentando sus operaciones con exactitud demuestran la circunspeccion y detenimiento con que se conducia en los arduos negocios que se ofrecian á cada paso; y últimamente si no siempre obró con toda la prudencia que pretenden los que examinan los hechos, sin hallarse en medio de las circunstancias difíciles del siglo XVI, no por esto